

Proust y la vida verdadera

La literatura tiene, según Proust, una función terapéutica que complementa la sabiduría que adquirimos, de modo natural, con el paso del tiempo.

JORGE MÍNGUEZ

ESPLENDOR EN LA HIERBA

Por debajo de las horas insulsas en las que deambulamos cegados por los hábitos y las ocupaciones triviales del día a día, fluye una corriente subterránea de experiencias plenas de sentido. Paradójicamente, estas experiencias, aun siendo nuestras, se nos escapan sin que lleguemos a saborearlas, y evitar que esto ocurra requiere atención y trabajo de nuestra parte. *En busca del tiempo perdido* explica cómo su narrador y protagonista descubre la vida que subyace al tiempo malgastado y cómo al final toma la decisión de recuperarla por medio de la escritura.

Tenemos dos formas de acceso espontáneo a nuestra “vida verdadera” (V, 274).^{*} Están, para empezar, los episodios de reminiscencia, como los provocados por el sabor de una magdalena mojada en

té (I, 53), el olor a moho del viejo edificio de los lavabos de los Campos Elíseos (II, 71) y la sensación de irregularidad en el pavimento de adoquines que conduce al palacio del príncipe de Guermantes (VII, 194). En ellos, la percepción inesperada de un estímulo no habitual hace que el narrador reviva intensamente una experiencia antigua y ya olvidada. El olor y el sabor son, nos dice Proust, los más poderosos desencadenantes de este tipo de episodios:

“Cuando después de la muerte de las personas, después de la destrucción de las cosas, nada subsiste de un pasado antiguo, sólo el olor y el sabor –más débiles pero más vivaces, más inmateriales, más persistentes, más fieles– perduran durante mucho tiempo aún, como almas, recordando, aguardando, esperanzados, sobre la ruina de todo lo demás, portando sin flaquear sobre su gotita casi impalpable el inmenso edificio del recuerdo” (I, 56).

No hace falta decir que estos recuerdos son diferentes de los factuales. Las reminiscencias permiten al narrador asomarse a la impresión verdadera, “tal como la había sentido en otro tiempo” (VII, 197). Los otros, en cambio, son superficiales y le presentan su vida como algo insípido y monótono. Por eso es una lástima que sean estos los únicos que podemos evocar a voluntad.

“Comprendía yo demasiado bien que lo que la sensación de las losas desiguales, la tiesura de la servilleta y el gusto de la magdalena habían despertado en mí no tenía la menor relación con lo que con frecuencia intentaba recordar de Venecia, de Balbec, de Combray con ayuda de una memoria uniforme, y comprendía que se pudiera considerar mediocre la vida, aunque en ciertos momentos pareciese tan bella, porque en los primeros se la juzga, se la desdeña por algo totalmente distinto de ella, por imágenes que nada conservan de ella” (VII, 197).

Pese a ser profundamente placentera, la reminiscencia nos deja un leve regusto amargo. Aunque nos descubre esa escurridiza luz que es lo más valioso de nuestra vida, dicho descubrimiento tiene lugar de manera tardía, cuando la vivencia original ha quedado ya en el pasado. No sucede lo mismo con otras experiencias que nos ponen también en contacto no intencionado con la vida

^{*} Las citas están tomadas de la traducción de Carlos Manzano, editada por Lumen.

verdadera, a saber, aquellas en que se hace patente ante nosotros, de manera inesperada, la belleza natural o cotidiana. Un raptó de este tipo es lo que experimenta el narrador cuando, en uno de sus paseos en coche de caballos por los alrededores de Combray, contempla largamente los campanarios de Martinville y el de Vieuxvicq.

“Al observar, al advertir, la forma de su aguja, el desplazamiento de sus líneas, la insolación de su superficie, sentía que no llegaba hasta el final de mi impresión, que tras aquel movimiento, tras aquella claridad, había algo que parecían contener y ocultar a la vez” (I, 196).

Estas experiencias de carácter estético y casi místico no tienen frontera en común con la nostalgia, ya que su objeto se presenta ante nosotros con la rotundidad de lo que puede ser visto y tocado en el presente.

LA LLAMADA DE LA ESCRITURA

Tanto las experiencias de reminiscencia como las de belleza cotidiana reclaman alguna forma de acción por nuestra parte, como si su condición inacabada y elusiva nos impidiera aceptar que todo termina en ellas. Hablando de sus paseos por la parte de Guermantes, el narrador escribe:

“... un tejado, un reflejo de sol sobre una piedra o el olor de un camino [...] me hacían detenerme de repente con el placer particular que me brindaban y también porque parecían ocultar, tras lo que yo veía, algo que invitaban a coger y, pese a mis esfuerzos, no conseguía descubrir. Como sentía que se encontraba en ellos, me quedaba allí, inmóvil, mirando, respirando, intentando traspasar con mi pensamiento la imagen o el olor” (I, 194).

El placer que nos proporcionan unas y otras, aun siendo “el único fecundo y verdadero” (VII, 203), es también fugaz, de ahí que necesitemos profundizar en ellas, como si de este modo fuéramos a darles permanencia, completarlas y hacerlas más nuestras.

“La única forma de saborearlas más [las impresiones] era la de intentar conocerlas más completamente, allí donde se encontraban, es decir, en mí mismo, volverlas claras hasta en sus profundidades” (VII, 205).

Por ejemplo, respecto a la sensación que le asalta en el exterior de los lavabos, Proust escribe:

“Me habría gustado [...] intentar ahondar en el encanto de aquella impresión sobrevenida y permanecer inmóvil interrogando a aquella emanación anticuada que no me proponía gozar del placer tan sólo brindado por añadidura, sino descender a la realidad no revelada” (II, 72).

Esta es la principal función que Proust asigna al arte, a la literatura y, más en concreto, a su propia obra. La literatura nos ofrece una vía de acceso lúcido y voluntario a esa vida plena de sentido que discurre soterrada bajo nuestras costumbres y nuestras ocupaciones diarias, esa vida en la que se manifiesta “la realidad tal como la hemos sentido” (VII, 209) y que emerge, de manera breve e imprevisible, en los recuerdos y en los momentos de contemplación de la belleza cotidiana.

“La verdadera vida, la vida por fin descubierta y aclarada, la única vida, por consiguiente, plenamente vivida, es la literatura: una vida que en cierto sentido vive a cada instante en todos los hombres tanto como en el artista, pero no la ven, porque no intentan aclararla” (VII, 220).

Gracias a la literatura podemos explorar y clarificar ese paisaje interior en el que nuestros encuentros con las cosas han ido dejando un rastro de signos inscritos por “la realidad misma” y “no trazados por nosotros” (VII, 208). Para cumplir este cometido, la obra se sirve de recursos como la narración y la descripción metafórica, pero también de la filosofía, como prueban las muchas páginas que Proust dedica a teorizar sobre estos temas.

DESEO Y ERROR

Buena parte de estas reflexiones filosóficas van encaminadas a alertarnos del error que cometemos al pensar que las cosas y las

personas particulares poseen de verdad el atractivo, el misterio y, para decirlo en una palabra, el valor que vemos en ellas. Este valor es, en realidad, una proyección de nuestra fantasía, que las tiñe y las dora, por emplear la expresión de Hume. La Odette de Swann, la Raquel de Saint Loup y las distintas mujeres que, una tras otra, van encandilando al protagonista de la obra irradian un encanto que no está en ellas, sino en el ojo del enamorado. La iglesia de Balbec, la costa de Normandía, los pueblecitos de sugerentes nombres o los nobles con títulos de sabor medieval son otros tantos ejemplos de entidades casi mitológicas que deben su magia al trabajo que la imaginación realiza aprovechando, como si fuera un lienzo en blanco, el desconocimiento que el narrador tiene de ellas. Ni que decir tiene que su brillo desaparece en el momento mismo en que se hacen reales y presentes.

“Intentamos volver a encontrar en las cosas [...] el reflejo que nuestra alma ha proyectado en ellas y nos decepciona comprobar que en la naturaleza parecen desprovistas del encanto que debían en nuestro pensamiento a la vecindad con ciertas ideas” (I, 97).

Albertine, a quien el narrador ve en ocasiones como llegada de un mundo lejano y enigmático, no le produce más que aburrimiento cuando se apaciguan sus celos. Otro tanto le ocurre con la imagen que se ha formado de los nobles cuando se los encuentra en carne y hueso.

La propensión a envolver a las personas en el manto que teje nuestra imaginación nos lleva al convencimiento de que son insustituibles. Somos, en esos casos, incapaces de darnos cuenta de que no es a ellas a las que deseamos, sino las propiedades generales que encarnan. Esta actitud nos hace vulnerables, pues sentimos ansiedad ante la idea de perder lo que creemos único, y dolor cuando comprobamos que lo hemos perdido. La literatura tiene, según Proust, una función terapéutica que complementa la sabiduría que adquirimos de modo natural con el paso del tiempo. Su tarea, leemos,

“consistía ante todo en abrogar sus más caras ilusiones, cesar de creer en la objetividad de lo elaborado por nosotros mismos” (VII, 226).

Ella nos ayuda a descubrir que los particulares son sustituibles y que la pena por su pérdida es pasajera, porque lo que tienen de valioso y de singular es sólo un espejismo, un producto de nuestra fantasía que podríamos haber proyectado sobre cualquier otra cosa del mismo tipo. Tendemos a creer, por ejemplo, que el amor es una respuesta al atractivo de un individuo, cuando, en realidad, ese atractivo es universal y puede, por tanto, ejemplificarse en otros:

“...nuestro amor [...] debe [...] desprenderse de las personas para restituir su generalidad” (VII, 227).

LOS PELIGROS DE LA LUCIDEZ

No es fácil ver cómo se relacionan los dos cometidos de la literatura de que hemos hablado y, yendo más al fondo de la cuestión, las dos formas de valor a las que van dirigidos. Encontramos, por una parte, la idea de que la experiencia cotidiana está imbuida de un valor que normalmente nos pasa desapercibido. La literatura, se nos dice, debe servirnos para tomar conciencia de esta vida y recuperarla. Pero Proust asigna una segunda función a su obra, la de ayudarnos a entender que lo que en las personas y las cosas nos parece maravilloso e irrepetible es en realidad una proyección subjetiva. ¿Qué relación tiene este resplandor de oropel con el valor, este sí auténtico, de la experiencia verdadera? ¿Y de qué manera nos ayuda a ahondar y recuperar el aspecto máspreciado de nuestra vida el descubrir que la belleza de las cosas que deseamos es prestada y espuria?

Aunque Proust no llega a formular conceptualmente esta idea, de sus descripciones y reflexiones se desprende que existe una profunda conexión entre la experiencia perceptiva cargada de significación que aflora, por ejemplo, en los recuerdos involuntarios, y el modo ingenuo en que nos representamos lo que no está a nuestro alcance como si fuera cosa de otro mundo, de tan

superior que nos parece a todo lo que conocemos. Cuando el narrador enamorado imagina los espacios para él inaccesibles habitados por Gilberte o por la duquesa de Guermantes, cuando arde de impaciencia por asistir a una actuación de la Berma, o por visitar Balbec o Venecia, estos deseos y ensoñaciones irradian sobre su vida, sin él advertirlo, una luz indirecta. Es como si el fulgor que su imaginación proyecta sobre esas mujeres y esos lugares produjera una reverberación que ilumina también las cosas perceptibles que hay a su alrededor. Esta luz no es visible en un primer momento, deslumbrada como está la mente por lo que no posee, pero es el verdadero origen del sentido que baña las impresiones sensibles, esas que en la reminiscencia reconocemos como la esencia misma de la vida verdadera. Por eso, al recordar, nos parece que hemos perdido las cosas que deseábamos, cuando la verdad es que nunca llegamos a tenerlas. Lo que en realidad fue nuestro, y el tiempo se ha llevado, es el brillo que aquel deseo arrojaba inadvertidamente sobre nuestra experiencia.

Es posible que la lucidez que, de manera espontánea, va incrementándose con los años, nos haga adoptar una actitud más distanciada respecto a las cosas que otrora nuestra mente revestía de magia. En la medida en que hemos aprendido que lo que deseamos es menos interesante de lo que solíamos pensar, nuestra ansiedad y nuestro deseo se apaciguan, y no sufrimos como antes cuando perdemos lo que, según ahora sabemos, sólo eran sombras en nuestra particular caverna. De ahí que la vida recordada de la infancia y la juventud posea una implicación emocional que perdemos al llegar a la edad adulta, pues hemos cultivado, sin pretenderlo, una mirada escéptica que nos distancia del mundo y hace que el tiempo fluya deprisa y sin intensidad. Pero no creo que las reflexiones filosóficas que encontramos en la obra de Proust aceleren este proceso natural. Y no es algo que debamos lamentar: si de verdad pudiéramos desactivar esa labor creadora de la imaginación, es posible que provocáramos un apagón en nuestra vida, haciendo que perdiera sentido y que

todo en ella fuera más vacío. Hay, me parece, un nexo indisoluble entre la singularidad sobrenatural que creemos vislumbrar en las cosas que deseamos y la profundidad y la fuerza que tiene la experiencia en los momentos de contemplación estética de la naturaleza, de reminiscencia o de disfrute de la música. Si la obra de Proust sirviera, como llega a afirmar este en algún momento, para atenuar el valor que vemos en las cosas, daría lugar también a una degradación de la experiencia que es su más alto cometido recuperar.

En realidad, la lectura de las reflexiones filosóficas de Proust está muy lejos de producir en nosotros este desencanto. Sí contribuye, en cambio, a que la obra alcance su objetivo fundamental: acentuar nuestra conciencia de que hay una vida plena de sentido bajo una superficie hecha de frustración y tedio. Algo que consigue, me parece, mostrando una y otra vez cómo el deseo de lo inalcanzable barniza nuestras experiencias perceptivas con un brillo que las hace preciosas.



JORGE MÍNQUEZ ES DOCTOR EN FILOSOFÍA.